



Poco despues estalló en Gante una sublevacion, por resistirse tambien á pagar nuevos tributos. Cárlos V creyó deber ir en persona á apaciguarla; atravesó la Francia por Paris con el salvo-conducto del rey Francisco (admirándose unos y temiendo otros); llegó á Flandes; sometió y castigó á los rebeldes; pasó á Alemania; celebró en Ratisbona la Dieta general del imperio, y despues fué á Italia á acelerar los preparativos de la expedicion que habia proyectado contra Argel. Esta expedicion se desgració, porque la escuadra fué destruida por las tempestades. Era en el mes de Octubre.

Cansado el emperador Cárlos V de las guerras de Francisco I, fatigado de los negocios, quebrantada su salud y afligido por el tratado de Passau, resolvió trocar la vida agitada del mundo por la tranquila del claustro, mas sin dejar de tomar parte en los graves negocios del Estado, sobre los que le consultaba su hijo Felipe II. Renunció en su hijo Felipe los Países-Bajos y el Franco-Condado, propios de la casa de Borgoña. El 1.º de Enero del año siguiente renunció tambien á favor del mismo D. Felipe la corona de España, al que habia dado antes los Estados de Italia. Y finalmente, dos años despues dejó á su hermano Fernando la corona imperial y los estados de la casa de Austria en Alemania. De este modo quedó dividida la casa de Austria en dos ramas, pero su conformidad de ideas las unió estrechamente. Despues de su abdicacion, se retiró el monarca más temido de su siglo á vivir como un particular en Yuste, monasterio de Jerónimos, á siete leguas de Plasencia, en donde permaneció hasta su fallecimiento. Su madre doña Juana habia muerto en Tordesillas.

Por abdicacion de Cárlos I, entró á reinar en España su hijo Felipe II el Prudente. Ningun soberano de Europa podía competir en poder y en Estados con él. España, y á poco Portugal, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanésado, el Rosellon, los Países-Bajos y el Franco-Condado, eran sus Estados en Europa. Tenia en Africa Túnez y Orán, las Canarias, Fernando Póo y Santa Elena. Y en América el Perú, Méjico y Santo Domingo, con otras posesiones del

Nuevo Continente. Esta era la razon por qué se decia entonces que no se ponía el sol en los Estados del rey de España.

Apenas se firmó la paz de Chateau-Cambresis, que puso fin á las guerras empezadas en tiempo de Cárlos V y Francisco I, cuando los españoles volvieron á su perpétua guerra contra los infieles, proponiéndose Felipe II continuar la empresa comenzada por Fernando V, continuada por el cardenal Cisneros y seguida por su padre Cárlos I, de la conquista de las costas de Berbería. Las expediciones enviadas contra Trípoli fueron de un éxito poco feliz. Sin embargo, la batalla naval de los Gelves tuvo de útil el poner de manifiesto á la córte de España la necesidad de crear una marina poderosa, como se hizo con la mayor actividad. Las defensas de las plazas de Mazalquivir y de Orán, sitiadas por Asan, rey de Argel, auxiliado del sultan de Turquía, fueron entre las acciones de guerra de aquel siglo las más gloriosas para la milicia española, así por el corto número de los sitiados, como por la mucha y excelente tropa de los sitiadores. Ultimamente, el Peñon de la Gomera conquistado por el rey Católico, y recobrado por los moros en tiempo del emperador Cárlos V, se rindió á las armas de Felipe II. Resentido de esta pérdida Soliman el Magnífico, emperador de los turcos, acometió la isla de Malta, librándose de caer en poder de los infieles con el oportuno socorro que envió D. Felipe.

Dióse el nombre de moriscos á los moros que quedaron en España despues de la conquista de Granada, y se convirtieron á nuestra santa religion. Aunque cristianos en el nombre, eran musulmanes de corazon; así que, irritados con las disposiciones tomadas por Felipe II contra ellos para que renunciassen á su idioma, usos y costumbres, sublevaron las Alpujarras y gran parte de la sierra de aquel reino; se apoderaron de algunos pueblos de la costa para recibir por ellos socorro de sus correligionarios de Berbería, y nombraron por rey á un descendiente de la antigua dinastía de los Omeyas, cuyo nombre cristiano era D. Fernando de Valor, y que en la rebelion tomó el nombre de Abenhumeya. El marqués de Mondéjar



y el de los Vélez los batieron sin resultado alguno decisivo, y fué necesario encargar á don Juan de Austria esta guerra, teniendo la felicidad de concluirla, y siendo en su consecuencia expulsados los moriscos residentes en el reino de Granada.

D. Juan de Austria, concluida la guerra de los moriscos, fué destinado á una empresa más grande, y que inmortalizó su nombre. A la muerte de Soliman el Magnífico entró á reinar en Turquía su hijo Selin II. En 1570 se apoderó de la isla de Chipre, que pertenecía á los venecianos, y cuya pérdida se consideró de grande importancia, porque dejaba disponibles todas las fuerzas navales del gran señor contra el Occidente. Para contener las invasiones de los turcos se formó una liga entre Felipe II, San Pio V y la república de Venecia, y aprestándose una armada de más de doscientos bajeles, se confió el mando al animoso y experimentado capitán D. Juan de Austria. En el golfo de Lepanto, cerca de la isla de Cefalonia, se dió la famosa batalla naval, en que triunfaron completamente las armas cristianas, mereciendo D. Juan de Austria que la Europa entera le aplicase aquellas palabras del Bautista: *Fuit homo missus à Deo, cui nomen erat Joannes*. Las consecuencias de este combate fueron quedar destruido para siempre el poder marítimo de los turcos, y quedar libre la Europa del temor de otra invasion, temor que siempre tuvo en sobresalto á la cristiandad desde la toma de Constantinopla por Mahomet II.

Los reinados de Cárlos I y de su hijo Felipe II llenan casi todo el siglo XVI, el siglo que la historia de todas las naciones llama nuestro, por habernos distinguido en todo.

Se distinguieron por su eminente virtud los Santos Juan de Dios, Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Tomás de Villanueva, Luis Beltran, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara, Pascual Bailon, Toribio Alfonso Mogrobeja, y los venerables Juan de Ribera y Juan de Avila.

Sobresalieron por sus escritos el venerable P. Fr. Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, el M. Alejo Velepégas, Fr. Luis de Leon, Guevara, Fr. Diego

de Estella, Chacon, el M. Juan de Avila, Márquez, el P. Malon de Chaide, el M. Fernan Perez de Oliva y el P. Fr. Fernando de Zárate; Melchor Cano, Victoria, Soto, Medina Navarro, Alpizcueta, Maldonado, Covarrubias, Salmeron, Antonio Agustín, Vazquez, Bañez, Luis Molina, Castro, Ponce de Leon, Fr. Bartolomé de las Casas, Villalpando, Fr. Bartolomé de los Tirites; Arias Montano, Luis Vives, Antonio Perez, Francisco Sanchez, el Brocense, Matamoros; Fr. Hernando del Castillo, Mejia, D. Diego Hurtado de Mendoza, Ocampo, el P. Sigüenza, Fr. Diego de Yépes, Jerónimo Zurita, Bernal Diaz del Castillo, Garibay, Sepúlveda, Ambrosio de Morales, Fernandez de Oviedo, Francisco Gomara, Ercilla, Hernando de Herrera.

#### ÉPOCA DÉCIMASEXTA

#### Luis y Pedro el Grande

Antes de aparecer en la escena de la Historia Luis XIV y Pedro el Grande, habia ya admirado el mundo las grandes figuras de los reyes Católicos, Jimenez de Cisneros, Cárlos I y Felipe II, cuya rectitud de carácter por el sostenimiento de los fueros de la justicia y de la autoridad, cuyas virtudes y hábil criterio político, cuyas proezas en los campos de batalla como en las soledades de Yuste, y cuya prudencia y decision por el mantenimiento de la pureza católica en el Occidente, hicieron de estos personajes de la Historia del mundo glorias de nuestra España, que en adelante hemos de procurar retratar con palabras de verdad y espíritu de recta imparcialidad.

Constantemente se lanzan á estas grandes figuras acusaciones injustas, y se maldice de su paso por el trono de Castilla, y se acumulan cargos, y se fingen por doquiera intensas hogueras y oscuras mazmorras, iniquidades y crímenes horrendos, no acertando ya á las veces el ánimo de los más á distinguir la novela de la Historia. Es sin disputa la edad histórica española más velada en las sombras del misterio, que el genio nefando del error ha logrado colocar ante los horizontes de la investigacion.

Seamos justos siquiera, cuando colocados en el tribunal de este magisterio de la enseñanza histórica, no podemos ni debemos pasar en si-

Años  
despues de  
J.-C.  
1619 á 1713





lencio ni uno solo de los vicios de una época, ni una sola de las virtudes de los reyes. Felipe III en especial, el genio que aniquila en el Occidente la voz de la soberbia protestante y contiene con el espíritu de su prudente virilidad el empuje del error, es hoy el blanco del libre exámen.

No hay entendimiento racionalista que no maldiga de su nombre al pié de su tumba, en el suntuoso panteon de la gran obra, que recuerda la gloria de una de las más grandes figuras de la historia española, razon por la que hemos de procurar en lugar oportuno presentar, sin pasión, pero con entusiasmo y espíritu recto, los hechos del que perpetuó su nombre en la gran obra del Escorial, y en la más grande aún de sepultar el protestantismo en España.

La época que aquí comienza es retratada con hábil mano, en términos breves, por el historiador italiano en los siguientes términos:

Dos veces intenta el Asia traer su Media Luna al corazón de Europa; pero mientras los príncipes cristianos permanecen cual ociosos espectadores, contentándose con sentirse curados del entusiasmo religioso, la Polonia y Venecia salvan de una nueva irrupción de barbarie á los países que están destinados á devorarlos algún día. El mismo turco, herido en Lepanto con un golpe que presagia el de Navarino, entra en el sistema político de Europa. Mas ya no se trata en esta parte del mundo de comunes esfuerzos para asegurar la independencia ó impedir el desmoronamiento del orden ó del saber; dejándose llevar los Estados de la sujeción del egoísmo, se observan entre sí con envidiosos ojos, dispuestos á poner de nuevo en su fiel la balanza cuando quiera que la vean inclinarse hácia algún lado.

Habíase engrandecido en la anterior época el Austria hasta el punto de infundir temores de aspirar á la soberanía universal. La Reforma y las revoluciones se lo impidieron, cuando hé aquí que la Francia se pone al frente de las naciones continentales así que Luis XIV sube al trono. La revocación del edicto de Nantes amenaza descomponer la paz de Westfalia; pero sus resultados no son conocidos sino en Francia, cu-

vos ciudadanos, perseguidos, pasan á ser útiles á la Holanda, que desde el Zuidersee se arroja como negociadora y guerrera á quitar á los portugueses las posesiones del Africa y de la India.

De esta manera van realizándose tranquilamente las ideas del siglo anterior; á la matanza suceden los partidos, á la acción la doctrina, á la guerra la discusión, al genio el talento, y á los generales los ministros omnipotentes. De aquí el aumento de los ejércitos, las embajadas permanentes, la recíproca desconfianza, el estudio de los medios de engañarse y el predominio de los negocios de hacienda sobre todos los del Estado. Los barones descienden hasta convertirse en gentiles-hombres y cortesanos; pero ya en cambio el pueblo, los hombres instruidos y los traficantes, tienen la vista fija sobre lo que pasa en las Cortes, examinan los presupuestos y extienden el comercio; empiezan las doctrinas á ser causa de gravísimas mudanzas, y Colbert y Jansénio comueven la Europa como Villars y Eugenio. El maravilloso incremento que alcanza un pueblo por la vía del comercio marítimo y de las manufacturas, es causa de que los gobiernos quieran dirigir y arreglar un movimiento, que para engrandecerse no necesita más que carecer de trabas; introdúcense fábricas privilegiadas, aranceles y prohibiciones de entrada y salida; se intenta hacer de modo que cada nación se baste á sí misma, es decir, que para favorecer el comercio no venda ni compre. De aquí se originan celos que paran en guerras, con el único objeto de destruir la prosperidad mercantil de los rivales.

Entre tanto, la Inglaterra, convertida en coloso entre el tumulto de sangrientas escenas, hace preponderar su voluntad sobre las naciones del continente hasta el punto de erigirse en árbitra. Pero otra misión más noble tiene que desempeñar con sus colonias, abriendo á la Europa las puertas de la India y de la China. Mientras los misioneros prosiguen sus pacíficas expediciones, una sociedad mercantil conquista más territorios que Alejandro; Smith, Hudson y Baffin continúan la empresa de Colón; otro nuevo mundo aparece ante las naves de los holandeses, resto quizá de uno más an-



tiguo, ó acaso destinado á dilatarse en un vastísimo continente, donde la civilización vendrá á trasladar sus tiendas.

Más que con las conquistas de Luis, se ilustra la Francia con el esplendor con que surge su literatura, evitando los defectos de la Edad Media, la oscuridad y la confusión escolástica en las obras del raciocinio, lo fantástico en las de imaginación, y la incorrección en todas. Pero ¿será bastante para asegurarse el predominio sobre el porvenir, el haber evitado los defectos, procurando al mismo tiempo dar el más gracioso contorno á la forma externa? Muchos títulos tiene para esperararlo un idioma que se ha convertido en vehículo de la inteligencia entre las diversas naciones, y que está cercano á cumplir el voto del idioma universal que Roma intentó llevar á cabo con el latín.

Un hecho de los culminantes para la civilización europea, son las conquistas de la Rusia, la cual, después de haber sacudido el yugo del Mogol y de haberse dueños de los cosacos de la Ukrania y del Dnieper, se emancipa de la jurisdicción del patriarca griego, dependiente del sultán; mas no por eso se une ni con el imperio ni con Roma, y la cristiandad oye con admiración que el czar, en la paz de Nipschú, ha fijado los límites entre su imperio y el de China. Finalmente, habiendo venido á parar la Rusia á manos de un rey que tiene la obstinación de los innovadores, adopta un progreso de positiva utilidad, y entra en la familia occidental con el destino de consumar el triunfo de esta sobre las razas asiáticas.

Apenas contaba Luis XIV cinco años, dice un crítico español, á la muerte de su padre. Su madre, Ana de Austria, consiguió del Parlamento anular el testamento de Luis XIII y la proclamase regente. Dispensó toda su confianza á Mazarino, italiano de gran talento, de maravillosa aptitud para los negocios, y continuador de la política de Richelieu, no obstante lo cual, sus medios de gobierno, astucia y corrupción, su calidad de extranjero y el mal estado de la Hacienda, le hicieron impopular.

Originóse una viva oposición del Parlamento á la corte, y el arresto de tres miembros de este, decretado por Mazarino, sirvió de pretext-

to para la *guerra civil de la Fronda*, así llamada por la semejanza entre la conducta de los parlamentarios y la de los muchachos en sus riñas ó pedreas con hondas. En esta guerra, alimentada por la España, tomaron parte muchos descontentos y nobles humillados en el reinado anterior por la omnipotencia de Richelieu, que creyeron poder recobrar su importancia ante la debilidad de un trono ocupado por un niño y la regencia.

Después de vicisitudes varias, como la paz efímera de Ruel, el destierro de Mazarino, que obtuvo nuevamente el poder para abandonar la Francia y quitar todo pretexto á los revoltosos, acabó con el castigo de estos el mismo año.

La paz de Westfalia no había concluido la guerra entre Francia y España. Mazarino, alejado momentáneamente, la continuó con gran empuje hasta su terminación por el tratado de los Pirineos, ajustado en la isla de Faisanes en el Vidasoa, y en virtud del cual la Francia obtuvo el Artois, muchas ciudades de Flandes y los Países-Bajos, varias plazas en el Luxemburgo, el Rosellon y la Cerdeña, y el joven Luis XIV casó con María Teresa, hija de Felipe IV, rey de España, previa la renuncia formal de esta princesa á sus derechos eventuales á la corona que ceñía su padre. Mazarino no pudo apreciar los resultados de este tratado, que consideraba como la obra maestra de su política, pues murió á los dos años.

Desde la muerte de Mazarino, Luis XIV, que en pleno Parlamento pronunciara la célebre frase *el Estado soy yo*, se propuso gobernar solo; y auxiliado de Colbert y Louvois, robusteció su poder en el interior y extendió su influencia en el exterior tanto como le fué posible. Desmembrar la España, contra cuya dinastía austriaca abrigara el odio heredado desde Francisco I, y debilitar la Holanda, fué el pensamiento político de Luis XIV, y por tanto de la Francia del siglo XVII. Para esto, y contra la España, Luis XIV hizo valer el *derecho de devolucion* usado en los Países-Bajos españoles, en virtud del cual los hijos del primer matrimonio heredaban con preferencia á los hijos del segundo. María Teresa era la hija mayor